

El motivo del pecado en los poemas sueltos (1933-34) de Miguel Hernández

Aunque hay poca duda de que el tema central de la obra de Miguel Hernández es la pena, solemos olvidar relacionarla con el pecado, tema patente de los poemas sueltos que Hernández escribió entre 1933 y 1934. Esta afirmación no supone un menosprecio de la poesía posterior, ni la anterior, a esta fecha, sino que intenta evitar la tendencia a ver la fase erótica como el primer paso auténtico para una cosmovisión más auténtica y definitiva¹. Es evidente ya que la transición de cada fase evolutiva de la poesía hernandiana a otra, marca la nueva visión que el poeta llega a tener de la vida, pero en el fondo de cada nueva senda no disminuyen los efectos de un pasado, un origen, de desgracia. El propósito de este estudio es analizar el tema del pecado dentro del contexto de la ideología católica de la revista *El gallo crisis*. Para hacer ver la significancia que tiene este tema para la poesía hernandiana entera, merece la pena presentar los medios por los cuales el pecado se expresa, y también observar la eficacia de las soluciones que el poeta busca para alcanzar la pureza. Este análisis se inicia, sin embargo, estableciendo cierto trasfondo teórico del pecado que nos ayude a entender el punto de vista que Hernández se propone desarrollar acerca del pecado.

Importante es afirmar que desde su nacimiento hasta la muerte, Hernández conoció el sufrimiento, proveniente tanto de su ambiente familiar como de sus experiencias vitales. Dicho sufrimiento creó en él un fuerte sentimiento que le hizo luchar contra la desgracia en su vida y aspirar a la victoria. Gracias a sus orígenes cristianos y a sus amistades con católicos devotos, Hernández llegó a relacionar su «ay» vivencial íntimamente con la desdicha espiritual como resultado del pecado original. Por lo tanto, al expresar la pena como lema de su poesía, nuestro poeta está señalando, si bien implícitamente, su conocimiento del pecado como el origen de su desdicha.

¹ En el estudio preliminar de *Perito en lunas, El rayo que no cesa* (Editorial Alhambra, Madrid, 1976), pág. 31, Agustín Sánchez Vidal también señala la importancia de la madurez que consigue Hernández en la poesía religiosa frente a la inmadurez de *Perito en lunas*, explicando este cambio por el impacto positivo que tiene la riqueza de la tradición católica en la nueva poética de Hernández. Para mí, esta madurez es fundamental para toda la poesía posterior.

² Uso la palabra «transgresión» recurriendo al sentido originario de la palabra latina *transgredi*, que era «cruzar», «dar un paso más allá», «pasar al otro lado».

³ Marie Chevallier, *Los temas poéticos de Miguel Hernández* (Trad. Arcadio Pardo. Siglo Veintiuno Editores, Madrid, 1978), pág. 72.

⁴ Manuel Durán, «Miguel Hernández, barro y luz», en *En torno a Miguel Hernández* (Editorial Castalia, Madrid, 1978), pág. 37.

⁵ Para mayor información sobre las coordenadas vitales de Miguel Hernández, convendría consultar Orihuela y Miguel Hernández (Editorial Losada, Buenos Aires, 1967) de Claude Couffon. También es fundamental «Miguel Hernández: vida y obra» de Concha Zardoya en *Revista hispánica moderna*, Núms. 3 y 4, julio-octubre, Año XXI, 1955.

⁶ Me refiero precisamente a la intensa lectura que hizo Hernández de la *mística de San Juan de la Cruz*.

⁷ José Muñoz Garrigós, «Comentarios», *El gallo crisis* (Imprenta Zerón, Orihuela, 1973), pág. 2.

⁸ Clifford Barbour, *Sin and the New Psychology* (George Allen & Unwin Ltd, London, 1931), pág. 66.

En la fase religiosa de su poesía el pecado se expresa como un estado de impureza. La carne, el cuerpo, se ve como una cárcel de la impureza, pues para satisfacer sus necesidades uno tiene la tentación de pecar. Cuando el poeta pasa de su preocupación angélica a la erótica, el pecado ya no se manifestará en términos cristiano-bíblicos. Hay, entonces, una transgresión² de «pecado», que se convertirá en sangre. Esta transgresión del pecado no supone un rechazo del sentimiento de lo pecaminoso, sino una transformación. El sentido y la conciencia de lo que el poeta sufre no deja de relacionarse con lo que Marie Chevallier llamaría la «maldición divina»³. Así que cuando Manuel Durán señala la fidelidad al sufrimiento como un constante ingrediente de la poesía hernandiana⁴, lo que llama nuestra atención es la fuente legítima de dicha fidelidad, o sea la desgracia original. Es decir: para comprender la evolución de la poesía hernandiana, debemos dar mayor importancia a los poemas sueltos recogidos entre 1933 y 1934, mediante la expresión del pecado, como la expresión original del canto del «ay» hernandiano.

Aunque es fundamental dar importancia a la formación y experiencia religiosas de Hernández, no creo conveniente aquí profundizar en ellas⁵. Sin embargo, lo que resulta pertinente a nuestro estudio es comprender que el influjo católico en su vida está constituido por una educación cristiana, sus amistades con católicos, el ambiente religioso de su pueblo, sus lecturas religiosas⁶ y, más significativo todavía, su entrega a los conceptos ascéticos de la revista oriolana *El gallo crisis*, dirigida por su amigo más íntimo, Ramón Sijé. La ideología básica de Ramón Sijé se resume en un comentario que hace José Muñoz Garrigós del artículo titulado «España en la selva de aventuras del cristianismo». Según Garrigós, dicho artículo discute la doble vertiente que el católico intelectual atribuye al hombre: el hombre ha de desarrollarse sobre el concepto de la ascética personal y el del amor al prójimo; a través de estas dos actitudes, el hombre se trasciende a sí mismo, es decir, a su cuerpo, y llega a ser el evangélico «reino de Dios»; esto es —sigo a Garrigós— lo que considera Sijé como la auténtica libertad humana, a la que se llega mediante una tiranía, mediante la sumisión tiránica del cuerpo⁷. Si tenemos presentes dos hechos importantes —el que Hernández no tenía educación sistematizada, sino que era autodidacta; y el que el poeta consideraba a Ramón Sijé como compañero del alma y superior a él— no sería sorprendente que la ideología ascética de *El gallo crisis* no sólo influyera mucho en su temática poética, sino que ese impacto fuese definitivo.

Conviene considerar brevemente el concepto del pecado original, concepto tan discutible y complejo que sería un intento inútil tratar de hacer de él un análisis teológico profundo en este estudio. Baste por ahora subrayar, mediante una presentación mitológica, el punto de vista hernandiano —la visión católica— sobre el concepto. Según el psicólogo Clifford Barbour, la norma de perfección absoluta es Jesucristo y para conocer esta norma debemos acercarnos a ella. Cualquier desviación de dicha norma de perfección revelada por/y en Jesucristo, dice Barbour, es pecado⁸. Ha ha-

bido algunas interpretaciones generales del pecado original que podrían llamarse agustiniana, pelagiana y semipelagiana⁹. Según la noción agustiniana básica —el punto de vista ortodoxo de la Iglesia—, Adán fue creado a imagen de Dios y fue dotado de una santidad perfecta. A pesar de ello, pecó; el resultado fue la pérdida de esa santidad y la capacidad de ser santo y hacer el bien. Esta depravación total fue transmitida además a toda su prole, la cual comparte su castigo y culpabilidad. El concepto sobre el pecado original de Pelagio, el monje británico, es completamente contrario al de San Agustín. En la visión de Pelagio, tenemos libertad total de voluntad y corresponde por completo a cada individuo la dirección de su propia vida. El concepto pelagiano ve el pecado de Adán como algo que no dejó ninguna mancha en la humanidad ni predilección alguna por el pecado, excepto como mal ejemplo; para él, la causa del pecado no puede encontrarse en una debilidad inherente, sino en la mala voluntad. Los semipelagianos creen que el pecado del primer hombre dejó su mancha en todos los hombres y los hizo propensos al mal. Según ellos, el pecado de Adán dejó una mancha en la humanidad, pero es una mancha que puede quitarse si el hombre se acerca a Dios en busca de apoyo y protección; mantuvieron que siempre es el individuo el agente culpable. Y en la *Summa Theologiae*, Santo Tomás sostiene la tesis de que el pecado original pasa a cada hombre por el proceso de la generación; no ve, sin embargo, ninguna necesidad de buscar una participación personal de cada individuo de la humanidad en el acto de Adán¹⁰.

En general, no hay delimitaciones precisas entre el *peccatum originale*, y el *peccatum proprium*. En cualquier pecado personal, afirma Herbert Haag, el original está presente y es agente activo¹¹. Pero aunque se acepte que hay en el ser humano una tendencia inherente a pecar, causada por la comisión del primer acto malo, resulta difícil aceptar el hecho de que somos culpables de ese pecado. Esta duda es precisamente la que subyace en una observación que John Caird hizo, hace casi un siglo: «Rightly construed, the conception of seminal guilt or of a sin which contains or involves all future sins, if any real meaning could be attached to it, would seem to imply that Adam was guilty of all the sins of his descendants, rather than they of his»¹².

En la clarificación del concepto de pecado en la poesía de Hernández, creo que podríamos servirnos de estas ideas para hacer un resumen de dicho concepto de la siguiente manera: hay en el hombre una tendencia al mal; esta tendencia proviene del pecado original, en el sentido de que es el resultado del primer pecado cometido por la humanidad; el hombre no es irremediamente malo; tiene un elemento de bondad que puede activar, si se esfuerza por unirse con Dios. Así, cuando Hernández habla del pecado, más que referirse a pecados concretos, lo que hace es señalar la noción de cierta naturaleza negativa, traidora, que define como una «tinta imborrable». Este concepto del pecado podría verse en la clave de otra observación que Caird hizo del mismo sobre la base de la noción agustiniana:

The first transgression poisoned human nature at the root. The direful consequences which are ascribed to it, moral guilt and condemnation, the loss of original righteous-

⁹ Barbour, op. cit., págs. 99-105.

¹⁰ Remito al lector a las «cuestiones» 81-85 de la *Summa Theologiae* (Eyre & Spottiswoode, London, 1965) en las que Santo Tomás habla detalladamente de la transmisión del pecado original, su esencia y el daño que el pecado causa en la naturaleza.

¹¹ Herbert Haag, *Is Original Sin in Scripture?* (Trad. Dorothy Thompson. Sheed and Ward, New York, 1969), pág. 69.

¹² John Caird, *Fundamental Ideas of Christianity* (Vol. I, James MacLehose and Sons, Glasgow, 1899), pág. 211.

ness, estrangement from God, the total depravation of man's inward nature, including a fatal proclivity to sin, together with all the outward and physical ills to which flesh is heir —toil and trouble, pain and sorrow, disease and death—... are to be regarded as affecting not merely the first transgressor, but human nature...¹³

Así, en su poesía religiosa, va a expresar el *peccatum originale* como la fuente original del mal y como algo que nos hace constantemente vulnerables a la impureza. El poeta mostrará un gran sentimiento permanente de culpabilidad por la gran distancia que hay entre él y Dios, porque se juzgará como un gran pecador que necesita salvación. Siente vivir en sí una naturaleza caída y se percibe propenso a las tentaciones de la impureza. Se siente estar condenado perpetuamente a luchar por salir de este conflicto.

En el último fragmento de «ÉGLOGA-nudista», el pecado original se describe como algo anterior a nuestro nacimiento. El deseo sexual, la lujuria, que Hernández considera como el mayor camino hacia la impureza, va a ser el elemento que predomina en esta poesía. En «ODA — a la higuera» se emplea un léxico muy atrevido para describir el acto sexual como algo que mancha para siempre. Pero el poema en el que quizás está dramatizado mejor el primer pecado como causa de la inquietud espiritual y del tormento perpetuo de la pena es «DEL AY AL AY — por el ay», poema ya bastante conocido. En este poema, Hernández dramatiza el periplo vivencial como algo desgarrado y angustioso. Empieza el poeta declarando su concepto de la creación, el cual se fundamenta en que la humanidad desde su nacimiento ha sufrido tormento constante. Por lo tanto, establece un lazo hereditario con los antepasados, mediante los cuales ha heredado su «ay» personal:

HIGO soy del ay, mi hijo,
hijo de su padre amargo.
En un ay fui concebido
y en un ay fui engendrado¹⁴.

Si la herida original, transmitida por Adán y Eva, es un «ay» perpetuo que no acaba la muerte, podemos concluir que la pena hernandiana —por lo que a la eternidad de su problemática vital se refiere—, más que provenir de circunstancias negativas impuestas por la vida, es consecuencia del primer pecado: «Vivo en un ay, y en un ay/ moriré cuando haga caso/ de la tierra que me lleva/ del ay al ay trasladado»¹⁵. En «El silbo de la sequía», se habla de una larga sequía que padece la tierra. La falta de lluvia hace que la agricultura fracase terriblemente, y que todo, hasta la esperanza humana, palidezca. Según Chevallier, resulta difícil en este poema saber exactamente a quién está dirigida la llamada de Amor; pues no se sabe si es a Dios o a la mujer¹⁶. Creo yo que el poeta parece utilizar la sequía como una metáfora perfecta para mostrar lo falto de espiritualidad y de pureza que está el mundo. La falta de lluvia, dice Hernández, no tiene su causa en factores meteorológicos, sino en los corazones pecadores del hombre. O sea, la falta de lluvia se internaliza y, por lo tanto, la solución que encuentra a esta condición es la penitencia de todos, porque

¹³ Caird, op. cit., págs. 206-7.

¹⁴ Todas las citas textuales están tomadas de la edición de Elvio Romero de las Obras completas (Tercera edición, Editorial Losada, Buenos Aires, 1960). OC es la abreviatura que usaré para citar textos de esta edición.

¹⁵ Tras haber analizado este poema, Marie Chevallier vincula acertadamente su tema central, la pena, con el de «Mi sangre es un camino» y «Sino sangriento», afirmando que «...La vida se funda en el pecado, es pecado, y el pecado es muerte», pág. 71.

¹⁶ Chevallier, op. cit., pág. 92.